

# La ruptura del lazo al Otro en las toxicomanías: Reflexiones éticas sobre la posición del analista

## *Rupture of the bond to the Other in drug addiction: Ethical considerations regarding the position of the analyst*

Por Paula Paragis<sup>1</sup> y Juan Jorge Michel Fariña<sup>2</sup>

---

### RESUMEN

En el presente trabajo nos proponemos indagar los desarrollos con respecto a la ruptura con el Otro en las adicciones, en tanto suele decirse que el adicto es alguien que posee una certeza de goce respecto de la sustancia/objeto y, dado que prescinde del Otro, ya que busca una operación que no pase por lo simbólico, se trataría de una respuesta a lo real por la vía de lo real (Naparstek, 2010). No obstante, en la práctica clínica hallamos que estos pacientes acuden efectivamente a la consulta, tanto en el ámbito público como privado. En tal sentido, el analizante se dirige al analista, por estar ahí en el lugar del Otro, por lo que resulta central el modo en que éste se sitúa frente a la demanda. Si bien existe relativo consenso con respecto a que la adicción supone una ruptura del lazo al Otro, nos interesa dilucidar sus implicancias y su operatoria, a los fines de (re) pensar la posición del analista en el lazo transferencial.

**Palabras clave:** Otro, Lazo social, Toxicomanía, Posición del analista

### ABSTRACT

In this article we intend to investigate developments regarding the rupture with the Other in drug addiction, since it is often said that the addict is someone who has a certainty of enjoyment related to the substance /object and, given that he dispenses of the Other, since he seeks an operation that does not go through the symbolic, it would be a response to the real by the real (Naparstek, 2010). However, in clinical practice we find that these patients actually attend the consultation, both in the public and private spheres. In this sense, the analysand addresses the analyst, because he is there in the place of the Other, therefore the way in which the latter stands in the face of demand is central. Although there is a relative consensus that addiction involves a rupture in the bond to the Other, we are interested in elucidating its implications and its operation, in order to (re) think about the position of the analyst in the transferential bond.

**Keywords:** Other, Social bond, Drug addiction, Position of the analyst

---

<sup>1</sup>Universidad de Buenos Aires (UBA). Maestranda en Psicoanálisis y Licenciada en Psicología. Facultad de Psicología. UBA.

Universidad de Buenos Aires. Secretaría de Ciencia y Técnica (UBACyT) becaria de investigación. Facultad de Psicología. UBA.

Universidad de Buenos Aires. Docente de la cátedra I de "Psicología, Ética y Derechos Humanos" Facultad de Psicología. UBA. Buenos Aires, Argentina.

E-mail paulaparagis@psi.uba.ar

<sup>2</sup>Universidad de Buenos Aires (UBA). Doctor en Psicología.

Universidad de Buenos Aires Profesor titular regular de la cátedra I de "Psicología, Ética y Derechos Humanos" y de la práctica profesional de investigación "Cine y subjetividad: el método de lectura ético-analítico de películas y series televisivas" Facultad de Psicología. UBA.

Universidad de Buenos Aires. Secretaría de Ciencia y Técnica (UBACyT) Director del proyecto (Programación 2018-2021) "(Bio) ética y Derechos Humanos: La dialéctica de lo Particular y lo Universal-Singular a través de la narrativa clínico-cinematográfica". Buenos Aires, Argentina.

E-mail jjmf@psi.uba.ar

## Introducción

La adicción ha sido un tema importante en psicoanálisis prácticamente desde sus comienzos. Ya en 1908, Abraham publicó *La Relación Psicológica entre la Sexualidad y el Alcoholismo*, en donde indicaba un número de posibles dinámicas; y a mediados de los años 60 la literatura psicoanalítica temprana sobre el tema fue compilada por Rosenfeld (1965). Desde entonces, y particularmente en los últimos tiempos, los psicoanalistas se han ocupado del tratamiento y la conceptualización de dicha presentación clínica. No obstante, las referencias hechas por Lacan en lo concerniente a la adicción son escasas y no existe en su obra una “teoría” al respecto, sino algunos breves comentarios que permiten esclarecer ciertos interrogantes sobre este tema y que han sido retomados por autores posteriores. El acento de los mismos está puesto en las funciones que tiene la droga o la intoxicación en la economía libidinal, a la vez que da elementos para pensar su relación con la ciencia y el discurso social.

La referencia de Lacan más conocida sobre esta temática fue pronunciada en la *Sesión de clausura de las Jornadas de los cárteles en la Escuela Freudiana de París* (1975), dado que brinda una definición precisa sobre lo que se entiende por droga: “Es lo que permite romper el casamiento con la cosita de hacer pipí” (p. 50). Asimismo, puntualiza que todo aquello que permite escapar a ese casamiento es bien recibido, de donde resulta el éxito de la droga. Esta es la única definición de la droga en la obra de Lacan, la cual se encuentra tomada entre tres conceptos, que permiten orientar y delimitar dicha noción: nominación, castración y goce (Freda, 2016). La droga tiene la función de producir una ruptura con el goce fálico, lo cual es también una función atribuida en el texto a la castración, “en la medida en que la castración se opera, en que hay menos falo...” (Lacan, 1975, p. 51). Si seguimos la línea indicada por el texto, la droga tiene una doble función: de agente de la castración y de efecto de nominación. Si bien pueden realizarse mayores precisiones con respecto a dicha definición y sus implicancias, aquí pondremos de relieve dos cuestiones de suma importancia que se desprenden de ella: 1) El acento está puesto en la función de la droga y no sobre la definición del toxicómano; 2) No se trata de la naturaleza química de la droga ni de los efectos posibles que ella puede producir sobre el organismo (Freda, 2016).

Naparstek (2008) se basa en esta mención que hace Lacan para establecer que dentro del campo fálico se hallan diferentes modalidades de satisfacción:

- 1) Por la vía del onanismo como soldadura, que implica un goce autoerótico anudado al falo y que tiene la característica de estar “estancado”.
- 2) El síntoma o el amor que implica el desplazamiento y el juego significativo, o sea, las ecuaciones fálicas que darían la posibilidad de un análisis. A su vez, esto conlleva la puesta en función del falo. Vale la pena que distingamos la inscripción del falo de su puesta en función, en el sentido de hacer uso de algo de lo que uno dispone. [...] Si está

inscripto, el sujeto en un segundo tiempo puede hacer uso o no de ese falo. (Naparstek, 2008, p. 48)

A la satisfacción que no se encuentra anudada al falo, es decir, fuera de la regulación fálica o goce real, Naparstek (2008) la llama “la verdadera toxicomanía” (p. 48), puesto que efectivamente la droga permite romper con el falo, perdiendo toda medida, lo cual se evidencia en el exceso propio de las toxicomanías. “La posible ruptura con el falo es lo que hace que se pase a la manía por el tóxico, entendiendo a la manía como aquello que lleva al sujeto por fuera de un anclaje fálico” (Naparstek, 2008, p. 48).

Por otro lado, Galante (2009) plantea que el casamiento de un sujeto con la droga verifica la imposibilidad de constituir un Otro. Si la relación del sujeto al plus de goce no se encuentra regulada, lo que queda es puro imperativo de goce. “La operación toxicómana es aquella que se interpone en la relación del sujeto con el falo. Este ardid consiste entonces en sortear la encrucijada sexual a través de un goce, el de la intoxicación” (Galante, 2009, p. 51). De este modo, el consumo sustituye al lazo social en tanto lo que se busca no es un encuentro sino simplemente una satisfacción. Los llamados “encuentros” en estos casos resultarían un modo particular de hacer uso de otros, cuando en realidad de lo que se trata es de una dimensión autista del goce o “encuentros con uno mismo” (Galante, 2009, p. 54). En este punto, el autor subraya que dichas nuevas formas de lazo en las que lo primordial es usar algunas cualidades del otro para la autosatisfacción, recuerdan a la fórmula freudiana de los labios que se besan a sí mismos.

En el presente trabajo nos proponemos indagar los desarrollos con respecto a la ruptura con el Otro en las adicciones, en tanto suele decirse que el adicto es alguien que posee una certeza de goce respecto de la sustancia/objeto y, dado que prescinde del Otro, ya que busca una operación que no pase por lo simbólico, se trataría de una respuesta a lo real por la vía de lo real (Naparstek, 2010). Si bien existe relativo consenso con respecto a que la adicción supone una ruptura del lazo al Otro, nos interesa especialmente dilucidar sus implicancias y su operatoria, a los fines de (re)pensar la posición del analista en el lazo transferencial.

## Algunas consideraciones sobre el Otro social

En primer lugar, debemos considerar que existen numerosas referencias en la bibliografía sobre aquello que comúnmente nombramos como “el campo del Otro”, fórmula que se presenta con cierta ambigüedad si se realiza una lectura minuciosa. Según Assef (2013), “esto es sin duda una metáfora, una aproximación en la que se podría identificar a la sociedad” (p. 32). En tal sentido, Miller y Laurent (2005) postulan que la clínica en alguna medida depende de la sociedad puesto que a la primera “llegan los significantes que el discurso social selecciona para identificar a los sujetos” (p. 9) y, por ende, dicha ligazón entre psicoanálisis y sociedad se nos impone en

tanto la clínica no es un término intemporal. Entendemos que el psicoanálisis tiene en cuenta a la vez el campo del Otro, el discurso del amo, la política y las identificaciones sociales; las acoge, y al mismo tiempo las cuestiona, por el hecho de que apunta a un estatuto de sujeto anterior a esa captura. (Assef, 2013, p. 10)

Por este motivo, procuraremos analizar algunas referencias al llamado *Otro social* u *Otro de la cultura* cuando se alude a las adicciones: Réquiz (2003) establece que la droga es un objeto de consumo sujeto a las leyes del mercado, que lleva al sujeto a la condición de irresponsabilidad, quien no responde por aquello que le sucede, sino que se coloca en posición de sumisión al Otro del mercado, que sabe lo que es bueno para él. Este Otro, en el mismo acto, desestima la condición de sujeto del inconsciente. Este autor sostiene que:

decir que alguien está fuera del Otro es una afirmación muy radical y muy grave, porque es poner al sujeto del lado del autoerotismo, incluso de una forma muy problemática del autoerotismo que prescinde de la fantasmagoría que envuelve el objeto autoerótico. (Réquiz, 2003, p. 77)

Nos interesa poner de relieve su propuesta de pensar la clínica de la adicción en términos de cuán separado del Otro puede estar el adicto, o bien qué del Otro aún lo sostiene en su vida.

Por otro lado, Mazzuca y Lutereau (2016) ubican al goce toxicómano como una presentación clínica que se ordena dentro del tipo libidinal narcisista, mostrándose inaccesible “a la acción del Otro a causa de su independencia y de la preocupación por su autoconservación; mientras que, por otro lado, se inclinan hacia una actividad agresiva para con el mundo” (p. 96). Los autores explicitan que, siguiendo a Freud, entienden aquí el mundo exterior “como el Otro de la cultura y la sociedad y las particularidades de su malestar” (Mazzuca y Lutereau, 2016, p. 97). A partir de esta premisa sostienen que las relaciones que el sujeto establece con la dimensión económica del objeto tóxico (la del goce, el dolor o la pseudo-pulsión<sup>1</sup>) son insuficientes, no alcanzan a constituirse como sostén del deseo y su dialéctica. Ello resultaría el testimonio de una imposibilidad o de una insuficiencia en lo que a la función del fantasma como sostén del deseo se refiere. Cabe destacar que señalan que se trata de una operación de cancelación *momentánea* “de las funciones del fantasma, del mecanismo de la represión y de la función del falo en tanto objeto del deseo, aquel que transformándose en significante de la falta permite simbolizar una satisfacción” (Mazzuca y Lutereau, 2016, p. 102). Esto resulta particularmente afín al objetivo que nos hemos propuesto en este trabajo, ya que abre a la posibilidad de diversos enganches y desenganches con el Otro puesto que no se trataría de una falla estructural ni de una ruptura en términos absolutos y/o permanentes.

Otra lectura posible es la que propone Carmona (1995), quien entiende la mencionada fórmula de Lacan de la droga como aquello que permite romper el casamiento con el hace-pipí como la sustracción del orden fálico en

términos de un intento por liberarse de las presiones de la realidad a las que Freud hacía referencia en *Malestar en la cultura* (1930). Se trataría, entonces, de eludir las demandas, las regulaciones y las coacciones que el Otro de la cultura impone al sujeto en su búsqueda de alcanzar la dicha y escapar a la desgracia.

Staude (2007) postula que el adicto escapa a la categorización clínica, en parte porque es funcional a distintas categorías clínicas, y en particular porque esas categorías se configuran en el interjuego de lo discursivo y del saber inconsciente. El sujeto se mantiene sujetado mediante el consumo de droga como un objeto de uso de la demanda del Otro social.

La posición adictiva es desubjetivante cuando entrevera la sumisión a la lógica del consumo con un rechazo y una marginación que se asume como propia y que lo transforma en un resto, en un desecho que, paradójicamente, resulta útil para que el sistema funcione y se consolide como tal. (Staude, 2007, p. 63)

Según el autor, el adicto se resistiría a quedar subordinado a la lógica de la palabra, por lo que se ve capturado por un hedonismo maniaco que va más allá del placer e incluso del resguardo de la conservación de la vida. En esta lógica, el objeto droga no es causa de deseo sino un medio de goce cercano a la premura y a la desubjetivación de la necesidad, perdiendo su enigma y sus marcas subjetivas.

Cabe señalar que en el mismo texto se aprecia otra declinación del Otro, diversa de aquella que alude a lo social: Al mencionar la función terapéutica del tóxico, que apuntaría a neutralizar la melancolía de quien queda aplastado por la imposibilidad de goce, Staude (2007) ubica “una suerte de mixtura de necesidad y de capricho yoico” (pp. 63-64), que anularía la presencia de la demanda del Otro, “del que brinda el recurso de la palabra, pero no así el del goce al que queda remitido y referido” (Staude, 2007, pp. 63-64). Este postulado reviste cierta complejidad, ya que por un lado habría un intento de romper con el Otro de la palabra, el Otro en tanto acervo del significante, pero ello no implicaría que el goce no continúe remitido a él. ¿Qué significa esto? El Otro del significante se encuentra atravesado por una falta,  $S(A)$ , operación instituyente respecto de la asunción del nombre propio y que marca simultáneamente la alienación del sujeto al significante que lo representa y la inconsistencia del Otro. De ello se desprende que hay una pérdida de goce, el cual permanecerá como prohibido para el ser que habla; algo debe ser sacrificado para ser recuperado por la vía del deseo. Es precisamente en la dialéctica del deseo que el falo da cuerpo al goce, instituyéndose en tanto símbolo como el significante del goce (Iuale, 2019). En ese caso, ¿se verifica en la adicción la prescindencia de la norma fálica como ordenadora del goce? ¿Cómo entendemos, entonces, que el goce continúe remitido al Otro? Consideramos que pueden apuntarse dos cuestiones al respecto: Por un lado, que la “anulación de la demanda del Otro” siempre es una pretensión y, en

tanto tal, siempre fallida ya que no resulta posible lógica y estructuralmente lo que el autor señala como “mixture de necesidad y capricho yoico”. Por otra parte, esto puede articularse con el hecho de que el problema del obsesivo es que trabaja para el Otro y al mismo tiempo espera su muerte, creyendo que de ese modo podrá acceder al goce. El Otro se inscribe como privador de goce, de allí que se espere la muerte del amo como única salida al conflicto. (Iuale, 2019, p. 46).

Si bien también en los desarrollos de Palma (2007) encontramos diversas declinaciones del Otro (como garante simbólico, goce del Otro, etc.), principalmente se refiere al Otro social o del mercado para indicar cómo el sujeto adicto puede ser concebido como el producto del discurso que regula las relaciones dentro de la sociedad de mercado. Al presentarse como omnipotente y sin falta, el mercado coloca al sujeto en una situación de impotencia frente a los objetos que ofrece, introduciéndolo en una sin-salida que lo arroja al pasaje al acto: “El Otro representado por el mercado no da lugar para el sujeto fuera de la relación alienante con el objeto, lo que empuja al sujeto a pasar al acto en un intento desesperado por fundar este lugar en lo real” (Palma, 2007, p. 220). A su vez, el autor establece que “la confrontación con el Otro en tanto instancia de la alteridad arrastra la dimensión de lo siniestro que condena al sujeto a repetir el encuentro fallido con el objeto una y otra vez” (Palma, 2007, p. 224), lo cual se vería explicado por una “falla en la constitución del adicto” (Palma, 2007, p. 224) relativa a la función paterna. Esto implicaría que no hay un corte en lo simbólico que separe al sujeto del objeto o le haya permitido perderlo; por lo que el adicto sostendría a un Otro imaginario, sin falta, que responda a su demanda por poseer el objeto.

Finalmente, Palma (2007) regresa sobre la noción de Otro social para anudarlo al discurso de la época, ubicando al adicto como su producto, a la vez que se trataría de una forma de subjetivación propia de la sociedad de mercado:

El mercado se constituye en ese Otro imaginario que soporta la aparente independencia del sujeto definido en este contexto como consumidor autónomo. Al revelarse como un Otro sin falta, capaz de responder a todas las demandas del ser humano, subsume al sujeto en su lógica imaginaria. Si bien el mercado vende la ilusión de autonomía y completud en su discurso especular, [...] la falta queda del lado del sujeto, quien trata de afirmar la existencia del Otro como soporte de una falta, por la cual es llevado a responder con su propio cuerpo a través de actos como el *fixé*, la compulsión, las heridas y automutilaciones y, como medida extrema, el suicidio. (Palma, 2007, p. 228)

Como hemos visto, en la bibliografía sobre el tema se hallan alusiones a diversas declinaciones o conceptualizaciones sobre la noción de Otro, las cuales llevan a modos específicos de entender la dialéctica entre el sujeto adicto y el Otro. En gran medida, observamos que prepondera la consideración del Otro social, signado en

la actualidad por las condiciones del mercado y el capitalismo, como soporte que propicia las conductas adictivas e impone sus cualidades específicas.

### El adicto y el lazo social

A partir de lo expuesto, nos interesa ahora interrogar si es posible que se establezca el lazo social en las adicciones y, si así fuera, qué particularidades reviste. Para ello, debemos tener presente que, desde una perspectiva lacaniana, lo social encuentra su desarrollo sistemático en el aparato de formalización de los cuatro discursos.

Resulta pertinente tener presente también la noción de *segregación*, planteada por Lacan en el Seminario XVII (1969-1970), para abordar el carácter autoerótico que posee la adicción, muchas veces denominado “gocce autista”, que lleva al sujeto al aislamiento; lo cual se ve redoblado por la marginación que suele recibir de la sociedad.

Sólo conozco un origen de la fraternidad [...] es la segregación, todo lo que existe se basa en la segregación, y la fraternidad lo primero. Incluso no hay fraternidad que pueda concebirse si no es por estar separados juntos, separados del resto [...]. (Lacan, 1969-1970, p. 121)

Allí Lacan indica, a su vez, que nunca se ha terminado completamente con la segregación, en tanto nada puede funcionar sin ella, puesto que es el efecto del lenguaje. Si entendemos que la segregación es inherente al discurso, que se trata de algo estructural, habría que pensar cuál es su funcionamiento en las distintas modalidades del lazo social y dónde ubicamos sus efectos segregativos. Al respecto, el psicoanalista francés formula una tesis en 1967, en su *Proposición del 9 de octubre*, donde ubica a la segregación como fenómeno creciente, que no resulta estrictamente efecto del discurso de la ciencia pero sí le es correlativa. El discurso de la ciencia hace funcionar un para-todos, lo cual lleva a una tendencia a homogeneizar los modos de gozar. Esta “universalización científica” acarrea una precarización, un debilitamiento del  $S_1$ , en lo cual tiene especial importancia el mercado en tanto genera un empuje a gozar/ empuje a consumir, buscando así suturar la división del sujeto vía el consumo de productos. A partir de esta noción puede pensarse que, entonces, el toxicómano no se encontraría fuera del discurso –o fuera del lazo–. En tal sentido, cabe preguntarnos ¿en qué medida asistimos a nuevas presentaciones clínicas como consecuencia de nuevas articulaciones del lazo social? ¿Qué especificidades encontramos en la posición del adicto?

Coincidimos con Briole (2009), quien afirma que existen múltiples discursos que le conciernen al toxicómano, los cuales en ocasiones no coinciden o se oponen. El autor postula que “[...] el sujeto toxicómano mismo hace lazo social con su toxicomanía de una manera diferente en un medio u otro” (Briole, 2009, p. 43). ¿Qué significa esto? El adicto podría hacer lazo social a partir del “discur-

so del medio toxicómano” (Briole, 2009, p. 44) haciéndose representar por significantes que no existen sino por ser lugares comunes –sobre la creatividad, parar cuando uno quiera, la no nocividad de las drogas, el rechazo del mundo convencional, la relación de solidaridad en el consumo, etc. Propone que el sujeto se presenta como una *persona de prestado*, por encontrarse identificado a estos significantes. Nos interesa destacar la distinción que hace con respecto al discurso psicótico, el cual no hace lazo social porque está en ruptura con las estructuras del lenguaje y el campo de la palabra; mientras que el discurso que presta la toxicomanía suple esta ruptura cuando llega a funcionar como “broche”: “cuando estos sujetos hacen lazo social del discurso propio al medio en el que evolucionan y en la medida en que encuentran las maneras de conectarlo con otros discursos que son acordes a la ley de la ciudad” (Briole, 2009, p. 49). Por este motivo advierte que habría que proteger una toxicomanía cuya función fuera la de nudo o *sinthome*. Al respecto, Zenoni (2009) también aborda la cuestión y plantea que el consumo de alcohol o de estupefacientes puede constituir a menudo un recurso, si bien demasiado real, contra lo real insoportable de la psicosis:

Es entonces posible concebir junto a los discursos que están ya en vigor, otros modos de aparejar el goce en los registros del semblante, a falta de aquel que haría falta. Si estos nuevos modos llegan a realizar un cierto nudo entre semblante y goce, se concibe que ellos puedan no solamente ser más compatibles con el lazo social que el pasaje al acto, sino constituir también un equivalente de lazo social. En efecto, aquel constituye igualmente una manera de tratar el goce en el registro del semblante, en lugar del tratamiento que él no tiene, aquel de la “relación sexual”. Es posible, en otras palabras, que a través del síntoma, eso que está “fuera de discurso” pueda alcanzar cierto estatuto neo-discursivo, más allá de los discursos establecidos. (Zenoni, 2009, p. 60)

Nos interesa especialmente el término que propone Díaz (2009), quien postula que el sujeto toxicómano se ubicaría en un *lazo social intoxicado*, el cual permite “nombrar lo que hay en juego en los modos de conexión y desconexión de los sujetos de la hipermodernidad” (p. 148). Desde esta perspectiva, se trataría de otra modalidad de lazo posible. Al respecto, los desarrollos de Dipaola y Lutereau (2017) resultan esclarecedores puesto que indagan en las *metamorfosis del lazo social* en el capitalismo tardío:

Decimos metamorfosis y evitamos la idea de ruptura porque justamente la idea es observar el modo en que el discurso capitalista atraviesa lo social promoviendo instancias de subjetividad en tanto producciones de objetos de consumo. Por eso la insatisfacción es siempre el vacío. (Dipaola y Lutereau, 2017, p. 23)

Si bien partimos de la teorización que hace Lacan de los discursos y, en este sentido, decimos que el discurso

capitalista no es propiamente un discurso, o es un pseudo-discurso, ya que allí lo que se afirma es la relación con el objeto de satisfacción, dejando al lazo social excluido; la propuesta de los autores radica en que en la posmodernidad no se trata de que no hay lazo o que éste se haya fragmentado, sino que el mismo se expande en múltiples sentidos, en una intensidad que vuelve imposible su representación. “[...] el deseo se sustrae en el mismo momento de su consumación, por lo cual la plenitud del instante y del goce existe a condición de su no-verdad” (Dipaola y Lutereau, 2017, p. 26). Esta aseveración se fundamenta en que, de no existir el lazo social o verse interrumpido, las prácticas sociales entre individuos tampoco podrían ocurrir, pues la continuidad del lazo social es aquello que permite el desarrollo de una experiencia cultural y comunicativa que definimos como sociedad.

Estos argumentos sobre la fragmentación y el individualismo [...] siguen dependiendo lógicamente del recurso a la representación de lo social. Es decir, sostienen que el lazo social es fragmentario en la actualidad, porque no se establece ni compone en las mismas condiciones que en el modelo tradicional del capitalismo productivo o industrial. Lo que se anhela, entonces, es un nuevo índice de representación con el cual suplementar la falla de la interrupción. (Dipaola y Lutereau, 2017, p. 27)

Según los autores, si en lugar de presuponer la representación se piensan las condiciones del capitalismo con centro en el consumismo, y no se inscribe la necesidad de un pacto como regulación del todo, es posible ubicar múltiples posibilidades y capacidades de pequeñas *pactaciones performativas* (Dipaola y Lutereau, 2017), las cuales no se detienen en el interés exclusivamente individual, pero que procuran constituir la comunidad de pertenencia, aunque más no sea de modo efímero mientras dura la plenitud de ese instante. Dichas posibilidades permiten comprender que el lazo social no cesa en su desplazamiento –lo cual no implica que sea fragmentario– entre las plurales prácticas que los individuos prosiguen en sus permanentes reaseguros de comunidad.

Una performatividad práctica de las identidades, que ya sin regulaciones representativas o estables, reorganizan sus lazos y valores entre los desplazamientos de una comunidad a otra; por otra parte, si vinculamos esta dispersión constitutiva de toda identidad con las dinámicas consumistas propias del capitalismo estético, se evidencia una modalidad de organización de lo social a partir de flexibilidades aportadas por los afectos y las instancias “imaginables”<sup>22</sup> (Dipaola, 2011) de producción de una experiencia compartida entre y con el otro. (Dipaola y Lutereau, 2017, p. 29)

Desde esta perspectiva, la posmodernidad y el capitalismo inauguran el advenimiento de nuevas lógicas discursivas, que distribuyen otras modalidades de lo social y del lazo entre individuos, en las que predominan lo efímero y lo volátil, pero no como procesos de

desintegración y fragmentación, sino como instancias de normatividad inmanente de lo social que opera en el desplazamiento singular del lazo social. Según Bauman (2008), “la subjetividad de los consumidores está hecha de elecciones de consumo” (p. 29). Por este motivo, nos parece fundamental precisar una distinción entre las nociones de *sujeto* y *subjetividad*, ya que suele incurrirse en ciertos deslizamientos que, en el campo psicoanalítico, no debemos desatender. Según Alemán (2016) el capitalismo con sus slogans de felicidad y el asedio de la publicidad intenta capturar al sujeto, a la vez que produce una multiplicidad de subjetividades que fomentan el plus de goce. El neoliberalismo es “el primer régimen histórico que intenta por todos los medios alcanzar la primera dependencia simbólica, afectar tanto los cuerpos como la captura por la palabra del ser vivo en su dependencia estructural” (Alemán, 2016, p. 14). No obstante, entendemos desde el Psicoanálisis que dicha captura del sujeto no es total ni absoluta: mientras que el pseudo-discurso capitalista produce y reproduce subjetividades, es al nivel del sujeto que yace lo *inapropiable* de su estructura; el atravesamiento de la travesía significativa que implica el lenguaje y la consecuente inscripción de la falta dan cuenta de la potencia de aquel intersticio en el que se puede ubicar la responsabilidad del sujeto por aquello que lo rodea, captura y sujeta de forma alienante.

Los dispositivos neoliberales [...] sólo pueden ser efectivos si los sujetos se atienen al tipo de mandato superyoico que los mismos implican. Sin ese resorte libidinal, no sería posible explicarlos [...] Como lo supo ver Lacan, el superyó es una instancia que ordena gozar, siempre más allá de cualquier equilibrio subjetivo. (Alemán, 2016, p. 28)

En otras palabras, para que la captura imaginaria del pseudo-discurso capitalista sea eficaz debe rastrearse en el sujeto una cuota de responsabilidad respecto de la captura misma. Corresponde entonces a las vicisitudes de la clínica psicoanalítica actual ubicar allí, en la potencia del discurso imperante y especialmente en la producción generalizada de subjetividades, una cierta disposición del sujeto-objeto a quedar atrapado en sus redes (Paragis y Piasek, 2018).

### **Enganches y desenganches posibles: El lazo transferencial**

Teniendo en cuenta algunas de las particularidades que encontramos en la época actual en relación a los síntomas que los pacientes traen a consulta, los cuales “tienen este aspecto de síntomas actuales, de falta de mecanismo psíquico, falta de sentido y se presentan directamente con su cara tóxica” (Naparstek, 2010, p. 26), es posible interrogarnos sobre las implicancias que tiene ubicarnos como analistas en esta coyuntura. Como hemos mencionado anteriormente, las transformaciones que se han dado a nivel cultural traen aparejadas nuevas subjetividades y nuevos modos de relación. Asimismo, la

condición del sujeto ha cambiado: en la modernidad el sujeto era básicamente productor, el cual se definía por la familia y el trabajo, las dos entidades básicas de la identidad. Actualmente, el sujeto se define por el consumo, es un sujeto consumidor (Galende, 2013). De este modo se configura quiénes por estar excluidos del ingreso (y el consecuente poder de consumir) se encuentran fuera de la vida social. Son estas coordenadas de sujeto consumidor las que nos someten a una construcción de nuevas presentaciones clínicas. En este punto cabe la pregunta: ¿por qué es necesaria la presencia del analista?

En primer lugar, señalaremos que Lacan introduce el término *posición* al interrogarse sobre cuál es el lugar del analista en la cura, no sólo dónde es ubicado por el paciente sino dónde se ubica en cuanto tal. En el Seminario VIII (Lacan, 1960-1961) plantea la cuestión de la transferencia y su relación con la demanda. En el idioma francés, *demander* tiene la doble acepción de pedido/pregunta, que en este caso se dirige al Otro. El analizante, justamente se dirige al analista, por estar ahí en el lugar del Otro, es por ello que resulta central el modo en que éste se sitúa frente a la demanda. Parafraseando a Lacan, el analista genera efectos al ofertarse ya que el inconsciente es una respuesta a las intervenciones analíticas, ante la posición del analista. El planteamiento de la demanda en cuanto tal instala la demanda de amor –no responde a una necesidad–, la cual es inherente al lenguaje. Si bien es imposible no responder a la demanda, en todo caso de lo que se trata es de no satisfacerla y ver desde dónde se responde. Ello es de capital importancia, en tanto “la transferencia es ya en sí misma un campo abierto, la posibilidad de una articulación distinta y diferente de la que encierra al sujeto en la demanda” (Lacan, 1957-1958, p. 436). Entonces, ¿desde dónde ha de responder convenientemente a la demanda?

A lo largo de su enseñanza, Lacan ha ido modificando su concepción con respecto a la relación analítica. Si bien en un primer momento hablaba de intersubjetividad, establecía que en toda relación con otro hay disimetría: puesto que el poder queda del lado de la escucha, el analista se encuentra en ese lugar de poder. Ahora bien, ¿qué hace el analista con ese poder? Desde un primer momento sostiene una diferencia esencial: se dirige la cura pero no se dirige a los pacientes. El analista, ya que ocupa un lugar como Otro y tiene un poder, debe prescindir de hacer uso del mismo para dirigir al sujeto. Aquí se evidencia que lo que está en juego es la castración del analista y no del sujeto. Es a partir de que Lacan se plantea cómo despertar la pregunta del neurótico, cómo hacer que esa pregunta interroge al sujeto, que establece que la única manera de llevar al despliegue de esa pregunta es que en el Otro haya un hueco, un agujero, que haya un deseo. Es decir, la posibilidad de que se haga aparecer un sujeto barrado depende únicamente de que en el lugar del Otro haya un Otro barrado. Sólo hay posibilidad de que el sujeto aparezca con su carencia en ser, en tanto y en cuanto el Otro también sea lugar de esa carencia, no el Otro completo. Ya lo advertía Lacan en su texto *La dirección de la cura y los principios de su poder* (1958), al

decir: “Volveré pues a poner al analista en el banquillo, en la medida en que lo estoy yo mismo, para observar que está tanto menos seguro de su acción cuanto que en ella está más interesado en su ser” (p. 361). Es más adelante en su enseñanza que establece que el lugar del analista está determinado estructuralmente como posición hecha de objeto *a*. De este modo, el analista encarna un efecto de rechazo, ocupando el lugar de lo no simbolizado. No solamente será éste su destino, al final del tratamiento cuando se produzca su destitución, sino que desde ese lugar opera y causa el trabajo en el análisis.

Resulta importante señalar que, a partir de lo planteado, puede pensarse que si el analista no se ubica como Otro barrado, no da lugar a que algo del sujeto dividido se desarrolle, conduciría al paciente a hacer un llamado al Otro para que rectifique su posición, en tanto el acting out lo lleva fuera del campo del Otro. Ello reviste particular importancia en la clínica con toxicómanos: lo rechazado en el campo del Otro retorna fuera del campo de ese Otro circunscrito como el Otro de lo simbólico. Sin ir más lejos, esto es lo que se encuentra en juego en tratamientos en los cuales se imponen reglas e imperativos sumamente estrictos, mediante los cuales no se hace otra cosa que detentar un saber sobre el consumo del paciente. Al dejar por fuera (de la institución, del tratamiento) a quien no se ajuste a dichas reglas también se estaría rechazando la condición subjetiva de quienes quedan dentro. Es sólo a partir de propiciar el despliegue de parte del sujeto, para que pueda encontrar “su manera” con respecto al consumo y ver qué función cumple éste para cada quien, que podrá luego verse qué hacer en relación al mismo y de qué modo se podría trabajar para el levantamiento del síntoma.

Lacan (1953) señala con respecto a la pregunta que el analizante dirige al analista:

Entonces aparece la función decisiva de mi propia respuesta y que no es solamente, como suele decirse, ser recibida por el sujeto como aprobación o rechazo de su discurso, sino verdaderamente reconocerlo o abolirlo como sujeto. Tal es la responsabilidad del analista cada vez que interviene con la palabra. (p. 289)

Hallamos cierta peculiaridad en el modo en que los sujetos adictos llegan a la consulta con el analista, puesto que sostienen la consistencia del Otro, garante de la verdad que está más allá del deseo –no es deseante–. Por este motivo, se presentan en análisis desde la respuesta, y no desde la pregunta, lo cual logran a partir de su identificación con el objeto *a*. Correlativamente, la pregunta suele quedar ubicada del lado del analista, así como también el efecto de división subjetiva (Rabinovich, 1985). Esta dificultad que se presenta en nuestra praxis se esclarece si volvemos sobre las operaciones lógicas de constitución subjetiva:

Lacan dice en “La lógica del fantasma” que la elección obligada en el sentido de la alienación es la que lleva al “yo no pienso” y que, en cambio, la opción del análisis es

la que lleva al “yo no soy”. Esto es de suma importancia, porque estos pacientes son sujetos que llegan colocados en la posición del “yo no pienso”. Por eso no hay pregunta. (Rabinovich, 1985, p. 69)

¿Cómo operamos allí donde el sujeto se encuentra identificado al objeto plus de gozar? ¿De qué manera propiciar su entrada en análisis? Siguiendo a Rabinovich (1985), el hecho de que estos pacientes se encuentren en posición de objeto implica una ganancia, la cual debe ser perdida antes de que el análisis pueda ser iniciado, exigiendo de parte del analista este trabajo previo. Se tratará, entonces, de promover el paso de la opción alienante del “yo no pienso” al “yo no soy”: La identificación especular, *i(a)*, que excluye la falta, enmascara la pérdida constitutiva del deseo, lo cual no permite acceder a la posición del sujeto como causa de deseo ni hay forma de responder al enigma del deseo del Otro. Por ello, el análisis versará sobre la descomposición de lo especular para arribar a la determinación simbólica, que supone una nueva dimensión del objeto (no imaginario). Desde esta óptica, consideramos que el lazo libidinal que se establece con el analista se entrama de manera decisiva con la inscripción del sujeto en relación al Otro y sus vicisitudes, por lo cual nuestra tarea radicará en ofertar al analizante un margen de libertad posible en el cual pueda ubicarse de distinto modo en relación a ser objeto del deseo del Otro (Rabinovich, 1999).

### Reflexiones finales: ¿Abstinencia de quién?

Acorde a lo desarrollado hasta aquí, se abre la pregunta por la abstinencia: ¿Se encuentra del lado del paciente o del analista? La clínica con toxicomanías pone este concepto en jaque, más allá del juego de palabras que comporta. En la actualidad se ofrecen tratamientos de rehabilitación que les imponen a los pacientes de forma estricta la abstinencia de consumo para poder ingresar al programa. Dichos tratamientos se enmarcan en el paradigma abstencionista, el cual centra la causa de la adicción en la droga, la sustancia, siendo el fin último el cese del consumo. Este tipo de instituciones pretende desintoxicar al sujeto, sacarle el objeto de la adicción en tanto causa. Con respecto a esto, Freud (1898) advertía sobre el error de usar métodos compulsivos e instituciones cerradas: “Las curas de abstinencia tendrán un éxito sólo aparente, si el médico se conforma con sustraer la sustancia narcótica, sin cuidar la fuente de la cual brota la imperativa necesidad de aquella” (p. 268).

Encontramos con respecto a la abstinencia una doble vertiente por parte del analista. Por un lado, el paciente que concurre a tratamiento identificado al “ser adicto” y lo que se pretende es una corroboración de que todo su malestar se debe a la droga, la cual aparece como algo demoníaco de lo cual el sujeto nada sabe y con lo que nada puede hacer. En este punto, como ya se ha mencionado, “nuestra operación es precisamente abstinentemente o abstencionista. Consiste en no ratificar nunca la

demanda en cuanto tal. Eso lo sabemos, pero esta abstinencia, aunque sea esencial, no es por sí misma suficiente” (Lacan, 1957-1958, p. 438). Por otro lado, puede pensarse que aquello que Lacan establece como la ética del psicoanálisis no es otra cosa que su reformulación de lo que Freud situaba como abstinencia. Dicha ética implica una renuncia, en tanto el analista debe estar dispuesto a renunciar a su ser y no intervenir desde allí, como un Otro completo. En esta cuestión cabe ser categórico: La abstinencia es la abstinencia del analista, más aún en la clínica con toxicómanos. Como contrapartida a los tratamientos de corte conductista, como Narcóticos Anónimos o Alcohólicos Anónimos, el psicoanalista ofrece algo de otro orden, y la dirección de la cura no tiene que ver con dirigir al paciente. Desde esta perspectiva, “la dirección de conciencia, en el sentido de guía moral que un fiel del catolicismo puede encontrar, queda aquí radicalmente excluida” (Lacan, 1958, p. 560).

Dada la especificidad que los casos de toxicomanías presentan, en tanto existe una sanción moral con respecto al ideal de salud, es sumamente importante considerar que “el analista que quiere el bien del sujeto repite aquello en lo que ha sido formado, e incluso ocasionalmente torcido. La más aberrante educación no ha tenido nunca otro motivo que el bien del sujeto” (Lacan, 1958, p. 590). Muchas veces el riesgo y la marginalidad que la conducta de estos pacientes acarrea puede hacernos trastabillar, y es justamente sobre esto que podríamos retomar aquello que Lacan ubica como los problemas actuales del psicoanálisis: la función de lo imaginario, la noción de las relaciones libidinales de objeto y la importancia de la contratransferencia y, correlativamente, de la formación del psicoanalista. Dice que estos tres problemas tienen un rasgo común:

...es la tentación que se le presenta al analista de abandonar el fundamento de la palabra, y esto precisamente en terrenos donde su uso, por confinar lo inefable, requeriría más que nunca su examen: a saber, la pedagogía materna, la ayuda samaritana y la maestría dialéctica. (Lacan, 1953, p. 237)

Nada podría extraviar más al analista que pretender la reeducación del paciente para que abandone su consumo, o bien la intención de ayudarlo en pos del ideal de bien que tiene la sociedad hoy en día. A fin de cuentas, de lo que se trata es de cómo operar allí donde se presenta la posibilidad de que la ética del psicoanálisis pueda confundirse con la moral social que impone el ideal de salud (Piotte, Sruber y Torregiani, 2005). La apuesta que se realiza desde el psicoanálisis es que la dirección del tratamiento no se sostenga en la abstinencia del paciente, sino que implica una escucha no capturada por el ideal, mediante la cual el analista se posiciona como objeto-cause de deseo, permitiendo al paciente interrogarse acerca de su consumo posibilitando que aparezca allí algo en relación con la singularidad de su deseo. De ningún modo se trata de una pretensión de regular la relación del paciente con el tóxico, como sucede con otras terapéu-

ticas. Así, vía la intervención del analista se intentará que se desplieguen las coordenadas significantes que marcan la vida del sujeto, permitiendo situar la función que cumple el tóxico en su subjetividad a la vez que se propicia que vacile la ilusoria certeza que la droga genera.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alemán, J. (2016). *Horizontes neoliberales en la subjetividad*. Buenos Aires, Argentina: Grama Ediciones.
- Assef, J. (2013). *La subjetividad hipermoderna. Una lectura de la época desde el cine, la semiótica y el psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Grama Ediciones.
- Bauman, Z. (2008). *Vida de consumo*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Briole, G. (2009). “Toxicomanía ¿un lazo social entre otros?”. En *Pharmakon 11. El lazo social intoxicado* (pp. 43-50). Buenos Aires, Argentina: Grama Ediciones.
- Carmona, J. A. (1995). “Adicciones: la droga no es la sustancia. De Freud a Lacan”. En *Revista Colombiana de Psicología*, 4. 72-76.
- Díaz, E. (2009). “Las toxicomanías, un goce desinsertado del síntoma”. En *Pharmakon 11. El lazo social intoxicado* (pp. 145-150). Buenos Aires, Argentina: Grama Ediciones.
- Dipaola, E. (2011). “La producción imaginaria de lo social: imágenes y estetización en las sociedades contemporáneas”. En *Cuadernos Zygmunt Bauman*, 1(1). Río de Janeiro, Brasil. 68-84.
- Dipaola, E. y Lutereau, L. (2017). *Cuando el otro es Otro*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones La Cebra.
- Freda, F.-H. (2016). *Soy toxicómano: cuatro referencias de Lacan y dos casos clínicos*. Buenos Aires, Argentina: UNSAM Edita.
- Freud, S. (1898). “La sexualidad en la etiología de las neurosis”. En *Obras Completas*, Vol. III. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, 2010.
- Freud, S. (1930). “El malestar en la cultura. Capítulo II”. En *Obras Completas*, Vol. XII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, 2006.
- Galante, D. (2009). “Lazosocialintoxicado”. En *Pharmakon 11. El lazo social intoxicado* (pp. 51-55). Buenos Aires, Argentina: Grama Ediciones.
- Galende, E. (2013). *El impacto de la cultura en la subjetividad de las personas*. Rosario, Argentina: Universidad Nacional de Rosario – Secretaría de Extensión Universitaria. Recuperado de: <https://casamdp.files.wordpress.com/2013/08/galende.pdf>
- Iuale, L. (2019). *Versiones del goce del Otro*. Buenos Aires, Argentina: Escabel Ediciones - Colegio Clínico del Río de la Plata.
- Lacan, J. (1953). “Función y campo de la palabra y el lenguaje”. En *Escritos 1*. México: Siglo Veintiuno, 1984.
- Lacan, J. (1957-1958). *El Seminario*. Las formaciones del inconsciente. Libro 5. Buenos Aires, Argentina: Paidós, 2010.
- Lacan, J. (1958). “La dirección de la cura y los principios de su poder”. En *Escritos 2*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores, 2015.
- Lacan, J. (1960-1961). *El Seminario*. La transferencia. Libro 8. Buenos Aires, Argentina: Paidós, 2003.
- Lacan, J. (1967). “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela”. En (VV.AA.) *Momentos cruciales de la experiencia analítica*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Manantial, 1991.

- Lacan, J. (1969-1970). *El Seminario. El reverso del psicoanálisis*. Libro 17. Buenos Aires, Argentina: Paidós, 2010.
- Lacan, J. (1975). *Clausura de las jornadas de carteles de la E.F.P.* Inédito.
- Mazzuca, M. y Lutereau, L. (2016). *El goce toxicómano. Clínica de las aficciones narcisistas*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.
- Miller, J.-A. y Laurent, E. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Naparstek, F. (2008). *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo*. Buenos Aires, Argentina: Grama Ediciones.
- Naparstek, F. (2010). *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo III*. Buenos Aires, Argentina: Grama Ediciones.
- Palma, C. (2007). "La sociedad de los a-dictos". En *Desde el Jardín de Freud*, 7, Bogotá, Colombia. 219-234.
- Paragis, M.P. y Piasek, S.L. (2018). "Efectos del capitalismo en el sujeto y el lazo social - Las toxicomanías como fenómeno de segregación". *X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Piotte, V., Sruber, L. y Torregiani, J. (2005). "Psicoanálisis aplicado a las toxicomanías. Cuestionando la abstinencia en la clínica". En *Revista Psicoanálisis y el hospital*, 27. Buenos Aires, Argentina: Ediciones del Seminario. 164-167.
- Rabinovich, D. (1985). *Una clínica de la pulsión: las impulsiones*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Manantial, 2016.
- Rabinovich, D. S. (1999). *El deseo del psicoanalista: libertad y determinación en psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Manantial.
- Réquiz, G. (2003). *Las adicciones y el malestar contemporáneo*. Grupo de Estudios Psicoanalíticos de Guatemala. Guatemala: Serie Seminarios del Campo Freudiano.
- Rosenfeld, H. A. (1965). "On drug addiction". En *Psychotic States: A psychoanalytic approach* (pp. 128-143). Nueva York, Estados Unidos: International University Press.
- Sanmiguel Ardila, P. E. (2007). "Réquiem por una nueva pulsión". En *Desde el Jardín de Freud*, 7, Bogotá, Colombia. 111-118.
- Staude, S. C. (2007). "Las adicciones y la pasión por la ignorancia". En *Desde el Jardín de Freud*, 7, Bogotá, Colombia. 55-64.
- Zenoni, A. (2009). "El síntoma y el lazo social". En *Pharmakon 11. El lazo social intoxicado* (pp. 57-62). Buenos Aires, Argentina: Grama Ediciones.

#### NOTAS

<sup>1</sup>Según Sanmiguel Ardila (2007), se habla en términos de pseudo-pulsión puesto que nos enfrentamos a la imposibilidad de constitución de un sólido piso pulsional del grafo del deseo, ya que organizan un goce pero sin pasar por el obligado circuito por el Otro para su constitución.

<sup>2</sup>El neologismo "imaginal" que propone el autor tiene que ver con la confluencia de lo social y las imágenes, en tanto puede posibilitar pensar y abordar críticamente las nuevas experiencias de sentido de la vida presente: Convivimos *entre* imágenes y nos hacemos *con* las imágenes.